



Día de Hispanoamérica

Iglesias jóvenes, alegría y esperanza

La OCSHA, fidelidad a su origen fundacional



DÍA DE HISPANOAMÉRICA

4 marzo 2018



**Iglesias jóvenes,
alegría y esperanza**



LA OCSHA, FIDELIDAD A SU ORIGEN FUNDACIONAL

Tal vez el título parezca excesivamente pretencioso, pero al menos es provocador. Cuando las Instituciones, civiles o eclesíásticas, entran en la dinámica de seguir haciendo y programando actividades porque en el pasado han sido eficaces, y probablemente sigan siéndolo en la actualidad, se corre el riesgo de aparcarse la necesaria renovación interna y externa. Siempre es bueno dedicar un tiempo a valorar lo que se ha recibido y cómo se ha gestionado para hacer un juicio de valor, desde la fe, sobre cómo estamos rentabilizando el carisma fundacional recibido en el seno de la Iglesia en España para promover, alentar y acompañar la cooperación misionera entre las Iglesias. Para ello nació en junio del 1949 la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, la OCSHA.

Una historia cuajada de frutos

Un primer acercamiento a la historia de la OCSHA nos desvela la fidelidad de cientos de sacerdotes diocesanos que, siguiendo la llamada del Maestro, fueron enviados a las Iglesias locales de América, después de un remansado discernimiento vocacional y una preparación adecuada para la misión que se les confiaba. Muchos de ellos aún continúan en el trabajo misionero iniciado. Ellos han sido y son el punto de referencia y los testigos fieles de la bondad de esta iniciativa. Desde hace unos meses, *Carta de Casa* ha iniciado una sección dedicada a estos misioneros que aún permanecen en la misión, para dejar constancia agradecida de su servicio y fidelidad.

Aun siendo esencial este reconocimiento, no lo es menos la generosa cooperación de las Iglesias locales que les han enviado, en

muchos casos prescindiendo de sus mejores efectivos. En estos setenta años de servicio cuántos sacerdotes han salido de su tierra para entregar lo mejor de su ministerio sacerdotal en otras Iglesias locales más necesitadas. En muchos casos su retomo no ha sido menos fructífero, porque al insertarse en el presbiterio de origen su experiencia misionera sigue siendo como un nuevo aire fresco del dinamismo misionero que hizo posible su envío.

En justa correspondencia, es necesario reconocer y agradecer la acogida que las Iglesias de destino les han dispensado. En muchos casos eran los mismos obispos locales quienes llamaban a la puerta de nuestras Iglesias solicitando ayuda, otras veces era el mismo ministerio petrino quien demandaba un mayor esfuerzo de cooperación, pero lo esencial es la labor del Espíritu, alma de misión.

En la penumbra del escenario, como en un segundo plano, se sitúa el servicio de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, que con carácter subsidiario ha acompañado a estos misioneros mientras permanecen en la misión. La OCSHA no es una Institución misionera, como el Espíritu ha suscitado en otros sectores de la Iglesia, también entre el clero diocesano. Ni siquiera tiene entidad jurídica. Es un servicio y como tal permanece en el segundo de los planos, porque el protagonismo pertenece al sacerdote misionero y a las dos diócesis, de origen y de destino. Todos estos “ingredientes” justifican el reconocimiento de esta iniciativa y el compromiso de continuidad porque susciten la necesidad de la cooperación entre las Iglesias y el acompañamiento de la Comisión Episcopal de Misiones.

La Jornada del Día de Hispanoamérica, primer domingo de marzo, es una nueva oportunidad para que las diócesis y las

comunidades cristianas den gracias a Dios por esta riqueza vocacional del clero y del laicado diocesanos, y para retomar el compromiso de seguir ayudando a las Iglesias más necesitadas.

El carisma de la OCSHA y la *missio ad gentes*

En la actividad evangelizadora de la Iglesia durante mucho tiempo se estableció una línea de separación entre los países evangelizados y los países considerados como *tierra de misión*, necesitados del primer anuncio del Evangelio. En esta situación se encontraban, y se encuentran, muchos países que han sido evangelizados, pero siguen necesitados de la cooperación de otras Iglesias para consolidar la fe recibida. Ante esta realidad, la Iglesia en España no escatimó esfuerzos para cooperar con aquellas Iglesias no solo en el anuncio primero del Evangelio, sino en la búsqueda y consolidación de la fe y de la comunidad cristiana. Un nuevo elemento social y eclesial se ha introducido en esta nueva visión generalizada de la Iglesia: la necesidad de emprender una nueva etapa de evangelización con los que fueron bautizados, pero que han abandonado la Iglesia.

La actividad misionera de los sacerdotes de la OCSHA, aunque inicialmente se circunscribía a la cooperación con aquellas Iglesias jóvenes y en formación, en la actualidad se ha de plantear como respuesta evangelizadora en zonas y ámbitos geográficos y culturales donde es preciso afrontar el primer anuncio del Evangelio, incluso a los que fueron cristianos y han dejado de serlo en la práctica.

Los misioneros de la OCSHA, más allá de las fronteras geográficas

Aun a riesgo de simplificar la situación podríamos afirmar que la OCSHA ha sido y sigue siendo un servicio de la Iglesia en España para cooperar con otras Iglesias en América Latina en su consolidación como comunidades cristianas. Son las circunscripciones eclesiales que no dependen de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, pero que siguen necesitando de la cooperación de otras Iglesias hermanas. Naturalmente, la cultura y la lengua han contribuido a que las Iglesias locales de España sean una verdadera ayuda en el anuncio del Evangelio, más allá de las consideraciones jurídico-geográficas en las que se encuentran los llamados Territorios de misión. Ahí es donde podemos situar a los sacerdotes de la OCSHA que, sin perder su condición de incardinados en la diócesis de origen, se insertan en el presbiterio de la diócesis de destino. Hoy no se puede decir con rotundidad que haya fronteras entre estas situaciones eclesiales jurídico-geográficas, aunque se mantenga por razones de operatividad. Tal vez se puedan apreciar líneas divisoras por razones culturales, lingüísticas o incluso religiosas, pero no son fronteras infranqueables. A ellos se han sumado un buen número de laicos misioneros, enviados en todos los casos por la diócesis de origen sin otra mediación que la cooperación entre dos Iglesias particulares.

De hecho, hay muchas zonas geográficas, culturales y sociales del continente americano que sin depender de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos están necesitando de una primera evangelización. También ahí encontramos sacerdotes de la OCSHA y laicos de OCASHA.

Servicio subsidiario de la Conferencia Episcopal Española

Es preciso recordar que la OCSHA solo es un servicio subsidiario promovido por la Conferencia Episcopal Española para acompañar a estos misioneros. Nunca ha tenido una connotación de Instituto misionero o de Asociación de fieles, porque carece de cualquier configuración jurídica, ni la necesita. En este contexto camina y se desarrolla aquella iniciativa de cooperación misionera que tantos frutos evangelizadores ha ofrecido a la Iglesia. Aunque en sus orígenes, por razones operativas y prácticas, pudiera parecer que era la OCSHA, como institución quien enviaba a estos misioneros, en realidad era la misma diócesis, en la que estaba incardinados, quien asumía esta responsabilidad. En consecuencia, la dependencia era del presbiterio de origen al que retomaban una vez concluida su cooperación con otras Iglesias.

Esta es la singularidad y grandeza de los misioneros *Fidei donum* de la OCSHA, que solo dependen del obispo de la diócesis en la que están incardinados. Es el obispo de origen quien hace posible, jurídica y eclesialmente, la cooperación con otras Iglesias más necesitadas a la vez que muestra la universalidad de su Iglesia particular.

Actualidad y urgencia de la misión *ad gentes*

Ante los frecuentes los interrogantes sobre la naturaleza, ámbitos, destinatarios y responsables de la *missio ad gentes* en la Iglesia universal sorprende, de manera inopinada, la convocatoria del papa Francisco del *mes extraordinario misionero* para octubre del 2019, con ocasión de la celebración del centenario de la primera encíclica misionera firmada por Benedicto XV en el año 1919. La lectura de estos documentos (discursos de Francisco a los Directores nacionales

de la OMP -junio 2017-; carta del papa al cardenal Filoni -octubre 2017-; y la carta del cardenal Filoni a todos los obispos del mundo) interpelan sobre la razón de ser este acontecimiento. No es una simple celebración conmemorativa de la encíclica *Maximum illud*, sino una llamada a la renovación misionera, invitando a desarrollar en número 15 de *Evangelii gaudium*:

«Juan Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque esta es *la tarea primordial* de la Iglesia” (RM, n. 34). La actividad misionera “representa aún hoy día *el mayor desafío* para la Iglesia” (RM, n. 287) Y “la causa misionera *debe ser la primera*” (RM, n. 333). ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*. En esta línea, los obispos latinoamericanos afirmaron que ya “no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos” (Aparecida, 548) y que hace falta pasar “de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (Aparecida, 370). Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: “Habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (*Lc 15,7*)».

Esta urgencia interpela sobre la formación misionera de los presbíteros diocesanos, más allá de la generosidad de cooperar con otras Iglesias más necesitadas, o de la misma incardinación.

Superando los límites de las fronteras geográficas y evitando reducir la misión ad gentes a los tradicionales territorios de misión, es el momento de plantearse en serio la urgencia de la primera evangelización, hasta el punto de ser considerada como paradigma de la pastoral.

Misioneros de la OCSHA, paradigma de la acción misionera, también a su retorno

La breve pero fecunda historia misionera del servicio de la OCSHA es una nueva ocasión para dar gracias a Dios y a la generosidad de tantos presbíteros que dejándolo todo partieron a cooperar con otras Iglesias más necesitadas. Una lectura cuantitativa de los que marcharon nos lleva a pensar que no es exagerado considerar que se trata de un nuevo Pentecostés. ¡Cuántos misioneros *Fidei donum* han dado la vida por servir a las comunidades nacientes y en formación del continente americano! Sin embargo, no es el momento ni la ocasión para hacer un análisis sociológico, aunque en justicia debería hacerse en profundidad. Se trata más bien de descubrir cómo el Espíritu de Dios se ha servido de la generosidad de estos sacerdotes y de la responsabilidad misionera de su diócesis de origen para comprobar la riqueza eclesial que subyace en la cooperación entre las Iglesias. En estos cerca de 70 años de servicio misionero son una nueva ocasión para pensar -y tomar decisiones- en una eficaz renovación de este servicio diocesano. Son muchas las cosas que han cambiado respecto a sus orígenes: la edad, el servicio pastoral que se les asigna, la conciencia de una mayor pertenencia a la Iglesia de origen y la comprobación de que la semilla de su palabra ha brotado en numerosas vocaciones sardonales que participan del mismo dinamismo misionero. Es el momento de valorar esta situación con la finalidad de buscar nuevas formas de fortalecer esta hermosa colaboración entre las Iglesias.

Las diócesis españolas tienen una deuda con los misioneros de la OCSHA que han entregado su ministerio sacerdotal a la misión en lugares y ámbitos bien diversos y distintos de su propia singularidad y cultura. Algunos, a su regreso, han rentabilizado esta experiencia, otros han permanecido en el silen-

cio y anonimato, mientras se gastaban muchas energías en una pastoral de conservación.

Los que aún permanecen en el tajo, y los que marchan cada año

De los más de 2300 sacerdotes que han partido al continente americano, permanecen en este servicio cerca de 350. Algunos de ellos son de las primeras remesas enviadas, los menos; otros se han ido incorporando a lo largo de estos 70 años. De los que permanecen hay una nutrida representación de quienes culminaron su formación sacerdotal en el Seminario Teológico Hispanoamericano; otros han sido enviados directamente por sus respectivas diócesis. Un dato significativo y no menos relevante: en todos los países de América en la actualidad hay aún algún sacerdote de la OCSHA. Es evidente que de la permanencia de la misión de los que fueron a la “primera hora” se desprende que la media de edad es superior a los 70 años. La llegada de nuevas remesas más jóvenes no ha sido suficiente para rebajar la media, ya que en las últimas décadas la “salida” ha sido más bien escasa por la situación vocacional al sacerdocio en España. Este dato es muy elocuente porque, el servicio pastoral inicialmente entregado a los sacerdotes que llegaban, se ha ido “instalando” en una pastoral de conservación a la luz de sus capacidades y de la aparición de vocaciones nativas que está asumiendo otros retos pastorales. Este hecho no significa que la presencia de los sacerdotes de la OCSHA esté pasando a segundo plano en el trabajo pastoral. Al contrario, muchos de ellos, según el testimonio de sus obispos, siguen siendo la necesaria referencia de entrega y generosidad para las nuevas generaciones de sacerdotes que llegan o que se incorporan al ministerio sacerdotal. Más aún, en no pocas situaciones algunos de los misioneros son ejemplo de cómo se gestiona la actividad pastoral y el camino para introducir a los nuevos en estos nuevos retos pastorales.

La celebración del Día de Hispanoamérica es una buena ocasión para que los sacerdotes diocesanos se interpeleen sobre la dimensión universal de su vocación sacerdotal. No es necesario tener una vocación a la vida consagrada para gastar lo mejor de la existencia en favor de los más necesitados. Interpeelación que sin duda deben hacerse sus propios pastores.

Vida sacerdotal misionera en destino

Los sacerdotes de la OCSHA siempre tuvieron conciencia de que su tarea era insertarse en el presbiterio de destino, sin formar grupo aparte como es propio de los Institutos misioneros o las Congregaciones religiosas. Esta forma secular de vida no excluye, sino que incluye, una relación personal y estratégica de apoyo y fraternidad sacerdotal. Así nació la necesidad de que en cada país hubiera un delegado nacional de la OCSHA para coordinar la relación personal y apostólica de los misioneros de la OCSHA en el respectivo país. De esta necesidad nació la conveniencia de reuniones nacionales o continentales de estos sacerdotes con la presencia de algún representante de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Esta praxis ha consolidado unos frutos extraordinarios de fraternidad y convivencia sacerdotal, alma de la fidelidad y de fraternidad sacerdotal. Sin embargo, en la actualidad estos encuentros sacerdotales se están debilitando porque muchos de estos sacerdotes son de edad avanzada y tienen no pocas dificultades para desplazarse. Además, después de tantos años se han identificado de tal manera con la cultura y el sentir de la Iglesia local que, paulatinamente, han ido desplazando los necesarios apoyos externos.

Los responsables del acompañamiento de los sacerdotes de la OCSHA –la Comisión Episcopal de Misiones– tienen el deber de buscar nuevas fórmulas para fortalecer la convivencia

sacerdotal de estos misioneros, los recursos para su formación y el fortalecimiento de la comunión con sus obispos de origen y destino.

Protagonismo de la Iglesia local de destino

Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II a la cooperación misionera de la Iglesia es dar más protagonismo a las Iglesia locales, para fortalecer en su interior la solicitud por las Iglesias en formación. Tarea que parecía reservada exclusivamente a Instituciones o Congregaciones misioneras. Buen exponente de ello son las iniciativas misioneras promovidas por los llamados misioneros *Fidei donum* a raíz de la publicación de reconocida encíclica de Pío XII en el año 1957. Esta conciencia de pertenencia a la Iglesia diocesana de misioneros seculares ha fortalecido la relación directa de estos con su diócesis de origen, sin necesidad de otras mediaciones. Un dato significativo: en la actualidad hay más sacerdotes misioneros diocesanos enviados directamente por su respectiva diócesis que los se sirven de otras mediaciones eclesiales. A ello se suma la movilidad física o virtual de estos misioneros que con frecuencia viajan de un continente a otro sin previos compromisos adquiridos. Praxis que ratifica la necesidad una eclesial comunión eclesial entre las dos diócesis. ¿Significa que ha llegado la hora final de la OCSHA? En modo alguno, pero sí la necesidad de tener en cuenta esta realidad y del protagonismo que adquieren las *delegaciones diocesanas de misiones* como servicio y acompañamiento de los sacerdotes y laicos misioneros enviados por la misma diócesis.

Responsabilidad que cada día es asumida por las respectivas delegaciones diocesanas de misiones a quienes compete no solo la organización de las jornadas misioneras, sino, y sobre

todo, colaborar con el obispo de la diócesis para que la diócesis sea misionera, universal, católica.

La llegada de otros “misioneros” a España

En estos dos últimos decenios se está verificando un hecho realmente importante en el ámbito de la cooperación entre las Iglesias. La llegada de sacerdotes incardinados en las Iglesia locales de América y su incorporación en la pastoral ordinaria de las Iglesia locales en España. No es el momento de analizar eclesial y sociológicamente este hecho, sino de dejar constancia de su presencia y de denunciar la superficial justificación del hecho: «antes hemos ido allí para ayudar en la evangelización, ahora vienen de allí para ayudarnos a nosotros». Afirmación inadecuada y nada eclesial, porque la Iglesia está en manos del Espíritu Santo que distribuye sus ministerios y carismas con libertad. Gracias a Dios, la Iglesia no es una multinacional que distribuye sus efectivos conforme objetivos y programaciones. La llegada de estos sacerdotes a la pastoral diocesana tiene su origen en diversas motivaciones personales, familiares, culturales o eclesiales. Muchos de estos sacerdotes han llegado a la Iglesia en España para consolidar y fortalecer su formación sacerdotal, incluso académica. Después de un serio discernimiento han decidido quedarse temporalmente insertos en la diócesis que les ha acogido. En esta situación la OCSHA como servicio de la Conferencia Episcopal tiene mucho que aportar porque desde sus orígenes muchos de los misioneros recibieron el encargo de ayudar en la formación de las vocaciones nacientes. A ello se destinaron no pocos recursos humanos y sustanciales reservas económicas.

Es necesario que los presbiterios consideren estas llegadas no simplemente, como ayudas que vienen de la otra orilla para

atender las comunidades a las que no llegarnos, sino la de favorecer su inserción sacerdotal y cordial en nuestros presbiterios.

Antes de partir, discernimiento y formación

Los misioneros españoles que partieron no lo hicieron como aventureros o “colonizadores” de aquellos pueblos. Después de un serio discernimiento vocacional, asumieron el compromiso de recibir una seria formación cultural, social y religiosa del pueblo al que iban a servir. Las urgencias del tiempo debían esperar a la adecuada formación. Formación que recibían aquí antes de ser enviados y era garantizada en continuidad una vez eran acogidos por la Iglesia en destino. Esta praxis de la OCSHA puede y debe ser ejemplo y paradigma de que los que vienen. De nuevo se descubre cómo la OCSHA puede y debe cooperar con los Iglesias de origen de estos sacerdotes y las Iglesia locales que acogen para ofrecerles la necesaria formación, absolutamente necesaria para insertarse eclesialmente en el presbiterio que les acoge. Muchos de los “fracasos” de estas experiencias de cooperación tiene su origen en la deficiente información y formación de estos sacerdotes. No es aventurado asegurar que uno de los retos que tiene por delante la OCSHA, en definitiva, la Comisión Episcopal de Misiones, es ofrecerse a las Instituciones eclesiales para facilitar la acogida y el acompañamiento de estos sacerdotes que “vienen de lejos”, como antes nuestros misioneros “partieron también desde lejos”.

Desde la Conferencia Episcopal y a través del servicio de la OCSHA ha llegado la hora, sin demora, de ayudar a estos sacerdotes en su formación sacerdotal, antes de recibir ningún encargo pastoral.

Cada vocación misionera es un motivo de gratitud

El fenómeno de la movilidad sacerdotal no es solo una realidad social del mundo donde nos movemos, sino que es la expresión de la actualidad de Pentecostés. El hecho de que, por razones culturales y lingüísticas, haya una cierta querencia al intercambio de misioneros entre las Iglesias de España y del continente americano, no significa ni empequeñece la dimisión universal de la misión. Desde su origen la OCSHA fue un indicador de la universalidad de la Iglesia local; salir de la propia diócesis para “ir a la misión” es la expresión de que esta Iglesia local es universal. El retomo de un misionero a la Iglesia local después de un periodo largo de ministerio misionero engrandece y “rompe” las fronteras locales de la incardinación haciendo ver que en esa Iglesia particular se hace presente la Iglesia universal. Este fenómeno, vivido intensamente por cada una de las vocaciones misioneras, se evidencia aún más en los sacerdotes diocesanos. Sin duda esta es otra de las grandes aportaciones que puede ofrecer la OCSHA, si se asume el compromiso de abrir horizontes y hacer misionera la Iglesia local.

Las diócesis deben sentir el orgullo y la gratitud de cada una de las vocaciones misioneras con las que Dios enjoya a cada Iglesia local. Son la “joya” de la corona. Muchas de estas vocaciones han partido en su condición de vocaciones consagradas o vinculadas a Asociaciones eclesiales, pero otros -los sacerdotes diocesanos- enviados por la misma diócesis. Unos y otros necesitan la cercanía y el reconocimiento de la Iglesia en la que nacieron a la fe.

Los laicos, protagonistas de la misión

Tras el rastro de los sacerdotes diocesanos, se suscitó una corriente vocacional en los laicos que por un tiempo prolongado eran igualmente enviados por sus respectivas diócesis. En este caso y por razones jurídicas tuvo que crearse una Asociación pública de fieles con reconocimiento civil para garantizar su condición de voluntarios al servicio de la misión. Así nació OCASHA, vinculada a la Comisión Episcopal de Misiones y hermanada con la OCSHA. Tenía y tiene su propia autonomía, pero hay un denominador común que marca su identidad: son misioneros al servicio de la evangelización en lugares de misión, sin renunciar a su compromiso laical de ser transformadores de las realidades terrenas. No son, ni serán nunca, obreros de segunda línea al servicio de los presbíteros. Lejos de ellos este clericalismo; sin embargo, se distinguen de los cooperantes por su carácter estrictamente voluntariado y su apuesta por el anuncio explícito del Evangelio. Esta Asociación laical ha sido promotora de la Coordinadora de Asociaciones de laicos misioneros con el fin de compartir la experiencia y facilitar la formación de sus misioneros antes de partir. En la actualidad, estas Asociaciones están sufriendo una cierta crisis vocacional como consecuencia de la situación del laicado en nuestras comunidades. Hay la tentación de rebajar el nivel de exigencia para ver si aumenta el número de candidatos, pero año tras año en la Asamblea se resiste a esta tentación que sería a medio plazo perniciosa.

Es necesario emprender nuevas acciones de formación eclesial y misionera que hacer descubrir a los laicos -especialmente los más jóvenes- que vale la pena dedicar un tiempo prologado a la misión en su condición de laicos, más allá de la simple experiencia misionera de un verano que puede ser solo una ocasión para despertar el interés por la misión.

La ONG Misión América

Hace veinte años nació, también al amparo de la OCSHA, la ONG Misión América. Eran momentos en los que habría que canalizar las ayudas para proyectos sociales de los misioneros a través este tipo de organización civil. Así lo hicieron muchas de las Instituciones religiosas para ayudar a los misioneros de sus respectivas Instituciones misioneras. Los sacerdotes diocesanos quedaban a la intemperie. Así nació esta ONG, de manera sencilla, y desde entonces sigue prestando este servicio. Durante los primeros años tenía una estructura bien armada con personal técnico contratado. Después esta plantilla tuvo que ir reduciéndose hasta comprobar en la actualidad que es posible mantener este servicio con la generosidad y colaboración de personas voluntarias. De esta manera los misioneros diocesanos pueden ser ayudados, con transparencia civil y mercantil, a través de estos organismos oficiales. Cada año se van sumando nuevas delegaciones diocesanas de misiones al comprobar que este es el camino para colaborar con algún proyecto social mediante el envío legal de las ayudas de sus donantes.

Es el momento de dar las gracias a tantos socios y voluntarios que están colaborando con esta ONG, que tiene su propia autonomía. A la vez que informamos de la posibilidad -necesidad- de incrementar este número de donantes y voluntarios.

ANASTASIO GIL GARCÍA
Director del Secretariado de la
Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias
Madrid, 4 de enero de 2018

